

Palabras del Presidente de la Academia, Dr. Garbarini Islas, al descubrirse placas en las bóvedas que guardan los restos de los Dres. Rivarola

18 de diciembre de 1973.

Señores presidentes, señores:

Los miembros de la A. N. de Ciencias Morales y Políticas nos reunimos para sumar un homenaje más al que en el recuerdo rendimos todos los días a esos dos grandes hombres y presidentes que fueron don Rodolfo y don Horacio C. Rivarola.

De caracteres distintos, serio al máximo el primero, dicharachero y sonriente el segundo, al punto que vivía contando cuentos y haciendo chistes, pero, fuera de ello, idénticos el uno al otro hasta en la caligrafía y el tono de la voz, y, desde luego, en la rectitud, en la hombría de bien, en la generosidad...

Ambos, juristas y filósofos, fueron educadores por definición: profesores y rectores universitarios, directores de publicaciones, conferencistas y autores de libros. ¿Qué no hicieron por la cultura y por el conocimiento y el respeto de nuestras normas constitucionales?

De don Horacio dije en su sepelio que aún después de muerto seguía enseñando con el ejemplo de su vida. Lo mismo pudo haberse dicho de don Rodolfo.

Don Rodolfo, con su espíritu juvenil, pasados sus ochenta años, hizo posible el nacimiento de esta Academia aceptando de sus fundadores la presidencia de la misma y fue el gran presidente de los primeros años.

Don Horacio dio sede y aliento a la Academia y la hizo conocer y respetar dentro y fuera del país, a la par que incorporaba a la mayor parte de sus miembros actuales.

Ello justifica este acto tan sencillo como merecido y estas palabras sin elocuencia pero que brotan del corazón.

Pasarán los años, no estaremos ya más los académicos de hoy, pero el recuerdo de los Rivarola, padre e hijo, será tan duradero como el bronce en que dejamos escrito el agradecimiento de la Academia para los dos sociólogos a los que tanto debe la República.

